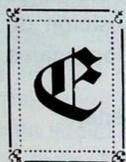


## MARIA INES DE SAN JOSE

Carmelita Descalza (1694-1763)

por Francisco FERNANDEZ SERRANO



L Carmen Descalzo de España, de Portugal, de América —la América Hispana, mejor que Latina— desde 1951 cuenta con una voluminosa, ingente historia de 15 tomos, escrita por el que fue no sólo historiador, sino también general de la Orden, excelente amigo del jaraicejeño Gabriel de Jesús, padre Silverio de Santa Teresa.

Las noticias directas, e indirectas de una obra tan ingente interesan a todos los estudiosos. También a la historia religiosa y literaria de Extremadura, a pesar de que los hijos de Santa Teresa, Carmelitas Descalzos, sólo han contado en nuestra región con dos casas: el famoso desierto de las Batuecas, enclavado ahora en la provincia, y diócesis, de Salamanca, pero antaño sujeto a la jurisdicción del obispado de Coria, y al señorío de Granadilla, y la moderna residencia de Zafra, si bien la rama femenina —las Carmelitas Descalzas— han mantenido desde el siglo XVII sus palomarcitos en Plasencia (1627), Talavera la Real (1637), Fuente de Cantos (1652), Zafra (1704), Badajoz (1733) y Don Benito (1883).

En los conventos femeninos de las Carmelitas, donde se mantiene fervorosamente el espíritu de la Santa de Avila, no se les pudo pedir a las monjas que todas lleguen al doctorado, ni siquiera a la eminencia literaria de la madre y fundadora; pero sí es lógico que gustosamente cultiven las letras, y que de cuando en cuando surjan nombres y composiciones que no deben totalmente ser preteridas.

Una de ellas, María Inés de San José, nacida en Badajoz, el 21 de enero de 1694, y fallecida en la misma capital, el 20 de abril de 1763. Huérfana de padres desde los 12 años, primorosa en trabajos de manos y devociones, cedió a los impulsos vanidosos de los años mozos, bajo la influencia de su genio alegre, el ejemplo de las amigas, y el propio

ambiente de la ciudad. Algo que tenía sus precedentes y ejemplos en la santa de Avila, y que ella, ya carmelita descalza, evocó en un romance, que el padre Silverio no transcribió entero, y que por lo mismo también fragmentado, se ofrece a los lectores de ALCANTARA.

Como la oveja perdida  
por los montes y peñascos,  
me apacenté vagorosa  
entre los pastos vedados.  
Siguiendo mi propio amor,  
enemigo declarado,  
me divertí entre las flores  
de aqueste mundo tirano  
En mi juventud lozana  
me entretuve algunos años,  
dándole susto a mi gusto  
en visitas y saraos.  
Olvidé a mi buen Pastor;  
me retiré de su trato;  
desdeñando sus finezas,  
me aparté de su rebaño.  
Aquí tropiezo, allí caigo;  
aunque ausente de mi vista,  
siempre me estuve mirando...  
Compadecido de mí,  
me tiró con su cayado;  
al golpe volví la cara,  
me paré por algún rato,  
y aplicando yo el oído,  
el corazón palpitando,  
oí su silbo amoroso,  
que fue penetrante dardo  
Sin poderme detener,  
salí corriendo a buscarlo  
por las calles y las plazas  
preguntando por mi Amado.

Me responden con desprecios;  
los guardas me dan de palos:  
unos me dan con el pie  
otros me quitan el manto.  
Sin atender a los golpes,  
ni hacer de estas cosas caso,  
como pude, proseguí,  
como tórtola arrullando.  
Y como el ciervo a la fuente  
corre, herido y maltratado,  
corrí, sedienta y herida,  
a Jesús Sacramentado,  
fuente de toda hermosura  
que al sediento da descanso  
alivio da en los dolores  
y consuelo en los trabajos,  
.....

En este florido monte,  
en este huerto cerrado,  
habitación de Teresa,  
que en el Carmelo fue pasmo,  
flor fragante de esta selva,  
serafín en lo abrasado  
girasol al sol siguiendo,  
quedé abrasada en sus rayos.  
.....

En lo activo de tu fuego,  
con sus ráfagas luchando,  
finalice yo mi vida  
para gozarte despacio.

